

cuaderno de la década del '30 con otro de la década del '50 o de fines de los '60, sería imposible no notar diferencias entre unos y otros. Justamente, observar la naturaleza de estas diferencias, y de cómo se conceptualizan es el objetivo del capítulo sexto («*Las discontinuidades del cuaderno: alcances y límites*»).

En el último capítulo, el objetivo es extraer algunas conclusiones del trabajo realizado precedentemente, tratándose de perfilar algunas consecuencias tanto teóricas como prácticas de la mirada. Así, el capítulo séptimo («*Conclusiones*»), se construye sobre tres objetivos. El primero, trata de revisar algunos planteos circulantes; el segundo, plantear algunas observaciones de carácter teórico en función de las reformas educativas diseñadas en la Argentina de los '90 y el último, observar algunos de los límites del trabajo, así como también, el reflexionar sobre posibles investigaciones futuras.

En síntesis, Gvirtz se propone en este trabajo reconstruir los orígenes, continuidades y discontinuidades de uno de los dispositivos escolares hegemónicos de la escuela primaria argentina durante décadas: el cuaderno de clase, en tanto dispositivo escolar hasta el momento poco estudiado empíricamente. Su libro interesará a quienes se dediquen a las Ciencias de la Educación en general, a aquellos que se dediquen a la Historia de la Educación y, por lo tanto, les preocupe desedimentar y/o desnaturalizar las prácticas escolares. Pero también, a los maestros, en particular a aquellos que les interese encontrar las claves para comprender cómo se ideó este recurso aparentemente «neutro» e «ingenuo» y cómo se convirtió en un «dispositivo de poder», a los efectos de poder revisar críticamente las propias prácticas de enseñanza y, por qué no, de generar las reflexiones necesarias que operen como disparadoras de cambios acordes a los tiempos de la escuela argentina del presente. Y, en fin, a todos aquellos que les interese saber cómo y por qué la escuela primaria argentina entre 1930 y 1970 registró lo enseñado a partir de concebir al cuaderno de clase como «el» recurso privilegiado de escrituración del aula.

MARÍA DEL PILAR LÓPEZ  
Paraná (Argentina)

KLIEBARD, Herbert M.

*Scholed to Work. Vocationalism and the American curriculum, 1876-1946.*

Nueva York, Teachers College Press, Columbia University, 1999, 292 págs.

Herbert Kliebard es, sin duda, una de los académicos más importantes en lo que se refiere a la investigación sobre historia del curriculum. Desde su ya clásico trabajo de 1986 –*The struggle for the American Curriculum*– ha venido presentando interesantes y sugerentes categorías de análisis –en especial la de «tradición curricular»– para comprender la lógica de la consolidación y cambio de las distintas propuestas curriculares, en especial para el caso estadounidense.

El trabajo que aquí estamos reseñando, su última publicación, se ubica en esta misma línea para un caso más específico: el devenir del «vocacionalismo» como una tradición curricular en EEUU. En palabras del autor, «este libro es un intento de trazar la evolución de la formación para el trabajo como un ideal educativo» (p. Xiv). Ubica su origen en 1876, año en el cual John Runkle, presidente del MIT, conoce dentro de la Philadelphia Centennial Exposition el «sistema ruso» de aprendizaje de oficios basado en una separación entre la enseñanza de las habilidades laborales y el proceso real de producción. De esta forma, el aprendiz se preparaba para el trabajo mediante lecciones cuidadosamente prediseñadas de determinadas habilidades laborales. Este sistema le pareció fácilmente escolarizable, por lo que comenzó una campaña para su expansión dentro del sistema educativo norteamericano. Este primer intento de incluir la formación manual en las escuelas norteamericanas dio lugar a la educación vocacional, la que poco a poco fue sumando la idea de que el curriculum en su totalidad debía tener como finalidad obtener y mantener un trabajo.

La obra se organiza a partir de dicho recorrido. Los dos primeros capítulos abarcan el período 1876-1912 en el ámbito nacional, y se completan con los dos siguientes –escritos en colaboración con Carol J. Kean– que profundizan la implementación de la formación manual en las escuelas públicas de Milwaukee, Wisconsin, ciudad de gran importancia industrial. El capítulo 5 se ocupa del período 1908-1919, el siguiente aborda la década de 1920, y el séptimo su expansión en articulación con la política del New Deal hasta 1946. El octavo capítulo, último de la obra, ocupó el lugar de las conclusiones con el título de «La vocación dominante en todos los seres humanos»: triunfos y fracasos del vocacionalismo».

El autor identifica tres fases en este proceso, en las que cada una refuerza la anterior mientras añade nuevos elementos. Una primera, a fines del siglo XIX y comienzos de éste, durante la cual la enseñanza manual fue promovida principalmente como una reforma pedagógica con importantes improntas de corrección moral. En la segunda, la formación para el trabajo se engarzó con la expansión industrial, lo que la convirtió en el componente principal del curriculum norteamericano, a la vez que aportó a su bifurcación por clases, etnias y géneros. Finalmente, durante los 30, la formación para el trabajo como finalidad educativa logró eclipsar otras finalidades presentes y volverse su razón de existencia.

Luego de un detenido análisis, Kliebard concluye que, contrariamente a su prédica, la formación vocacional no ha sido la clave de la solución de los problemas económicos estructurales de la sociedad. Su premisa básica – escolarizar la formación de la fuerza de trabajo, lo que implica que está se realice separada del espacio laboral real- se ha demostrado insuficiente. El autor demuestra que la expansión económica de EE UU. no se apoyó en un sistema educativo estructurado según los inequívocos mandatos de la industria, sino que, por el contrario, sus capacidades para ser útil económicamente fueron reiteradamente criticadas, y sus prácticas ubicadas en espacios marginales del sistema. Pero, interesantemente, lo que le importa al autor no es ver por qué falló, sino analizar por qué sus ideas han logrado tanto apoyo a lo largo del tiempo. En sus términos, su propósito es explicar «el triunfo simbólico del vocacionalismo» (p. 228). Para responder a esto, Kliebard vuelve a Dewey –pedagogo con el que comparte buena parte de sus ideas, como lo evidencia toda su trayectoria- y critica las bases del vocacionalismo desde la matriz pragmatista: escisión entre la actividad intelectual y manual, comprensión reducida del trabajo y la acción, separación entre presente y futuro y, sobre todo una concepción educativa que la limita a la adaptación y no a la construcción social. Esto lo lleva a calificar a los vocacionalistas de reformadores pedagógicos que desafiaron las prácticas escolares previas y lucharon para cambiarlas, pero desde una perspectiva de reforma social y cultural limitada al establecimiento del orden, la eficiencia y la productividad.

Los méritos de este trabajo son muchos. En primer lugar, como en el resto de la obra del autor, se presenta una enorme diversidad y cantidad de fuentes consultadas –documentos oficiales, notas periodísticas, evaluaciones de experiencias, etc.- que avalan lo sostenido. En segundo lugar, abona las actuales líneas de análisis de la relación entre educación y trabajo que quitan peso a su vinculación con lo meramente económico –lo que implica comprenderla exclusivamente como instancia de formación de fuerza de

trabajo- para inscribirla en el registro simbólico, poniendo en evidencia sus relaciones con otras cuestiones culturales y sociales como dimensiones insoslayables para su comprensión.

Más allá de la poca prédica que tuvieron en nuestro país tanto el vocacionalismo y el pragmatismo, esta obra es un importante aporte para la comprensión de nuestra historia de la educación. Si duda, como lo evidencian una buena cantidad de trabajos, los proyectos de articular educación y producción levantaron tremendas disputas, que se encuentran presentes en los actuales debates. Revisarlos en las claves que presenta el autor- «tradiciones curriculares», articulaciones sociales, culturales y políticas, estudios de casos específicos, etc.- puede aportar nuevas luces que iluminen las tramas en las cuales se produjeron estos proyectos y peleas. Y junto esto, permite desmitificar la comprensión que se hace de los sistemas educativos de otros países –en especial los centrales- como modelos ideales a seguir.

PABLO PINEAU  
Luján (Argentina)

LOPES, Eliana Marta Teixeira; FARIA FILHO, Luciano Mendes & VEIGA, Cynthia Greive (orgs.)  
500 anos de educação no Brasil  
Autêntica, Belo Horizonte, Brasil, 2000, 606 págs., 2ª ed.

O livro em referência, lançado ao ensejo das comemorações dos 500 anos do descobrimento do Brasil pelos portugueses, agora em 2ª edição onde são corrigidos os problemas ocorridos na editoração dos originais, apresenta um amplo painel da produção historiográfica sobre educação cobrindo um largo leque de temas e contemplando, de um modo ou de outro, os vários períodos atravessados pela educação na história do Brasil.

A obra é constituída por vinte e quatro textos. O primeiro, *A civilização pela palavra* (p.19-41), de João Adolfo Hansen tem, de fato, caráter inaugural pois traça o quadro em que a Igreja se associou à Monarquia para, através da palavra, implantar na nova terra a civilização dos que dela se apossavam. Em oposição à Reforma protestante materializada na tese luterana da *sola scriptura* para a qual a doutrina, em sua pureza original, derivava dos textos originais hebraicos e gregos, «a Igreja católica conciliar e pós-tridentina fez a defesa intransigentemente tradicionalista da transmissão oral das duas fontes da Revelação, a tradição e as Escrituras» (p.21). Nesse processo